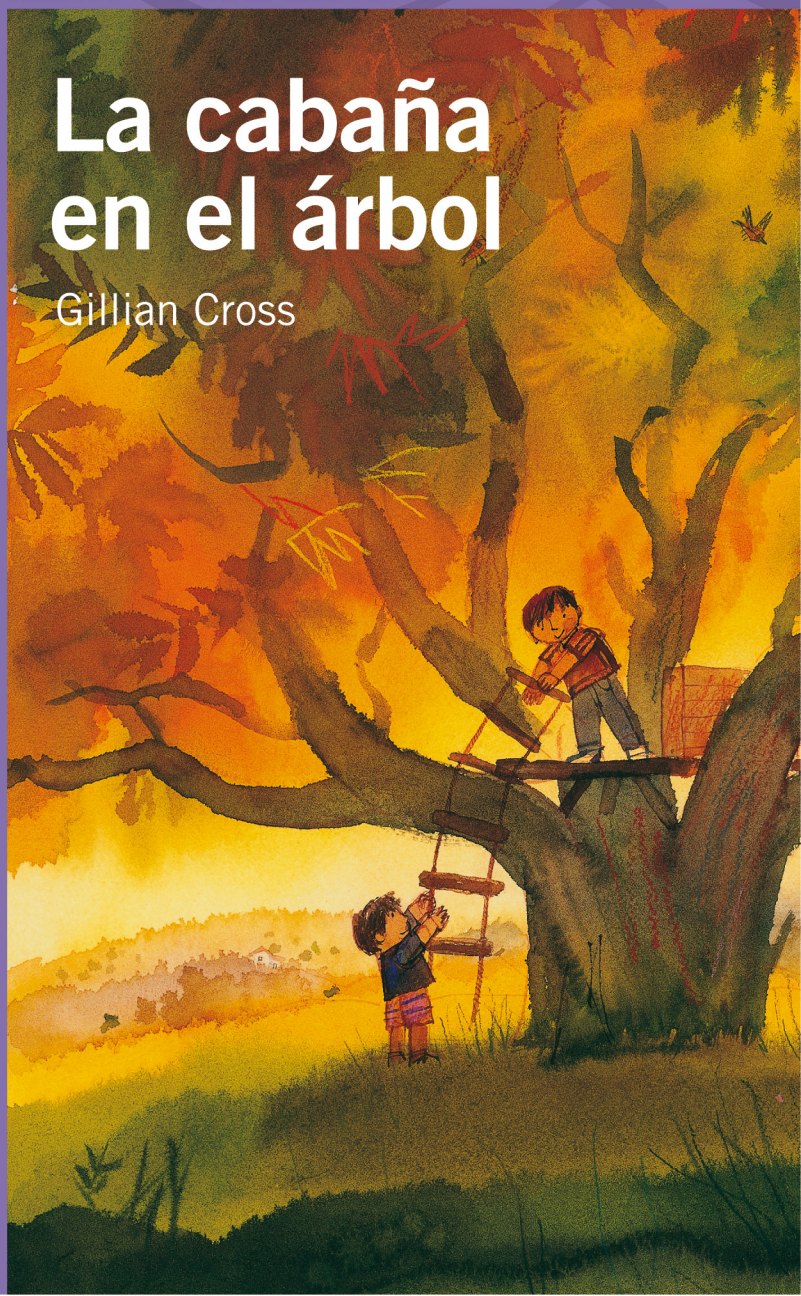


ALFAGUARA INFANTIL

La cabaña en el árbol

Gillian Cross



19ª edición

El castaño

Santi tenía cuatro años y Juan ocho. Vivían en una casa nueva, recién construida.

Pero el árbol que había al final del jardín tenía cien años.

Santi nunca había visto un árbol tan grande. El día en que se mudaron a su nueva casa, salió al jardín y se quedó extasiado bajo la enorme y frondosa copa, mirando hacia lo alto, cada vez más arriba.

Juan bajó al jardín detrás de Santi, pero no perdió el tiempo mirando. Tan pronto como vio el árbol, gritó:

—¡Papá! ¡Ven a ver! ¡Podemos hacer una cabaña en el árbol!

Su padre, al igual que Juan, corrió al jardín, sólo que el doble de rápido. Cuando vio el árbol se detuvo y se quedó contemplándolo.

—Es un castaño precioso —dijo emocionado—. El próximo invierno podremos asar castañas juntos, como hacíamos mi padre y yo.

A Juan no le interesaban las castañas.

—¿Y qué hay de la cabaña?

Papá sonrió y se puso a estudiar el árbol.

—Parece perfecto. Ahí, donde se dividen las ramas, puede ir la plataforma. Tal vez los de las mudanzas me vendan un cajón grande de madera, de los que usan para embalar vajillas, para hacer una pequeña cabaña en un extremo.



—¿Y podremos tener una escalera? —preguntó Juan, dando brin-
cos de excitación.

—No veo por qué no —papá sa-
có un trozo de papel de su bolsillo y
empezó a dibujar la forma del árbol—.
La cabaña puede ir aquí...

A Juan le brillaban los ojos.

—¿Podrías ponerle ventanas?

—Claro que sí. Y quizá mamá
les haga unas cortinas.

Santi aún miraba hacia arriba,
hacia el desnudo y pelado árbol, tra-
tando de imaginar todo aquello. Las
ramas se balancearían en torno a la
cabaña, que quedaría oculta cuando
crecieran las hojas.

—¿De verdad nos vas a hacer
una cabaña? —dijo bajito, como si
ocultase un secreto—. ¿En serio?

Papá le miró y volvió a son-
reír.



—Ahora mismo, no. Antes de-
bo empapelar las paredes y terminar
las estanterías en casa. Pero no me ol-
vidaré. La haremos durante el verano.

Cada noche, después de ce-
nar, hacían planes para construirla. A
veces, papá tenía que marcharse a tra-

bajar fuera, pero siempre que estaba en casa sacaba los dibujos y planos de la cabaña antes de que Santi y Juan se fuesen a acostar. Los cuatro se sentaban alrededor de la mesa, discutiendo cómo la pintarían y qué harían con el resto de la plataforma.

Juan estaba impaciente.

—No hacemos más que hablar. ¿Por qué no la construimos de una vez?

—Hay que planearlo todo antes —le dijo mamá—. Mira esas estanterías que colgué ayer. Si antes no hubiese pensado bien cómo hacerlas ahora estarían por los suelos.

—La cabaña nunca podrá caerse —respondió Juan con voz triste—, porque nunca la construiremos.

Papá le regañó.

—Deja de gruñir. La haré cuando llegue el buen tiempo.

Santi no protestaba. Cuando

Juan se iba al colegio y él se quedaba solo, corría al garaje para mirar el enorme cajón con el que harían la cabaña. Acariciaba con los dedos las tablas suaves y de color claro que papá había comprado para hacer la plataforma.

Y esperaba impaciente.

Un día, a mediados de julio, papá regresó temprano a casa. Besó a Santi, le guiñó un ojo y desapareció en el interior del garaje. Cuando Santi y mamá salieron para recoger a Juan del colegio, escucharon el ruido de una sierra.

Santi apretó la mano de mamá y alzó la vista hacia ella. Estaba demasiado emocionado para decir nada, pero ella comprendió. Sonrió a Santi y le devolvió el apretón.

Cuando regresaron a casa había una escalera metálica apoyada en



el castaño. Papá estaba arriba, entre las ramas, clavando las tablas del suelo.

Juan soltó el bolsón del cole junto a la puerta y atravesó el jardín a la carrera.

—¡Fantástico! ¿Puedo subir a echar un vistazo?

Papá asomó la cabeza entre las largas y dentadas hojas y emitió su terrible gruñido de Ogro Feroz.

—Si algún niño sube por esa escalera, ¡ME LO COMERÉ CON PAPAS!

Juan bailaba alrededor del árbol.

—¿Qué pasa con la cabaña? ¿Y la escalera de madera? ¿No la habrás olvidado, verdad?

No hubo respuesta alguna. Sólo se oían gruñidos y martillazos.

Santi tiró de la manga a mamá.

—¿Podemos tomar la merienda en el jardín?

Mamá sonrió.

—La traeré. Pero Santi, no dejes que Juan moleste a papá.

Recogió el bolsón y desapareció dentro de la casa. Santi echó a

correr por el jardín. Juan estaba en la base de la escalera, con un pie en el primer travesaño. Santi se preguntaba qué podía hacer para detener a Juan si empezaba a trepar.

Pero no fue necesario hacer nada. El Ogro Feroz asomó de nuevo la cabeza entre las ramas del árbol y dijo riendo:

—¿Qué están esperando?
¡Venga, para arriba! Con cuidado.

En un instante, Juan estaba en lo alto de la escalera. Santi subió más despacio, agarrándose muy bien a los largueros con las dos manos.

—¡Es fabuloso! —exclamó Juan—. ¡Ven a ver, Santi!

Santi consiguió llegar arriba y miró a su alrededor. Se quedó con la boca abierta.

Estaba en una gran plataforma en el centro mismo del árbol, oculta



por grandes hojas. Por todas partes colgaban unas flores largas y amarillas, que parecían orugas peludas.

—¡Es fantástico! —susurró.

En ese momento sonó el teléfono.

Estaba abajo, al pie del árbol, sobre la tapa de la caja de herramientas. Papá se dirigió rápidamente a la escalera.

—Quédense aquí los dos —dijo—.

Al que se mueva un milímetro, ME LO COMO CON PAPAS. —Se lanzó escalera abajo, cogió el teléfono y sonrió—. ¡Hola! ¿Luis?

Cuando colgaba, apareció mamá con una bandeja y cuatro tazas. Papá corrió hacia ella, riendo entusiasmado.

—¡Rosa! ¡He conseguido el contrato en América!

Mamá respiró hondo y dejó la bandeja en el suelo.

—Es maravilloso. ¿Cuánto tiempo estarás fuera? ¿Cuándo tienes que marcharte?

—Saldré pasado mañana —respondió papá cogiendo una taza de la bandeja—. Estaré fuera seis meses.

Santi parpadeó. No entendía nada.

Pero Juan sí comprendía. Se puso rojo de ira.

—¡No puedes irte! ¡No has acabado la cabaña!

Papá dejó de sonreír.

—Tengo que hacerlo, Juan. Se trata de mi trabajo.

—¡Vaya trabajo estúpido! —estalló Juan—. ¡Cambia de trabajo!

—No hay por qué ponerse así —le contestó mamá—. Yo terminaré de construirla.

Juan siguió enfurruñado.

—La tiene que hacer papá. Lo prometió.

Papá suspiró.

—Escucha, tengo que irme. Pero puedo dejar el cajón instalado esta noche. Así tendrán ya una cabaña.

—¿Y qué pasa con las ventanas? —dijo Juan—. ¿Y con la puerta?

—Las haremos cuando regrese.

Santi retorció entre sus dedos una de las largas flores amarillas del castaño.

—Para entonces ya habrá terminado el verano.

—Pueden jugar en la cabaña aunque no tenga ventanas ni puerta —contestó papá suavemente—. Mientras tanto, les iré enviando otras cosas. Todos los meses les mandaré un paquete con algo para la cabaña. ¿Qué les parece?

—¿Lo prometes? —dijo Juan.

—¡Lo prometo! —contestó papá.

Santi soltó la flor y se quedó mirando cómo caía hasta el suelo.

—¿Estarás de vuelta a tiempo para asar las castañas? —preguntó.

El primer paquete

Pasaron tres semanas antes de que llegara el primer paquete. Para entonces, Juan trepaba ya muy bien hasta la cabaña del árbol.

—¿Por qué no trepas tú también, Santi? —no paraba de decir—. Es fácil. Pon el pie izquierdo en este saliente del tronco y agárrate a esas ramas. Después pones el pie derecho aquí...

Santi no lo lograba. Era capaz de poner el pie izquierdo en el primer saliente sin ningún problema, y de agarrarse a las dos ramas. Pero

en cuanto miraba hacia arriba, le parecía que la cabaña estaba terriblemente alta. Sencillamente, no conseguía levantar el otro pie del suelo.

No había ningún otro modo de llegar hasta la cabaña. Mamá decía que la escalera metálica era demasiado peligrosa para que la utilizaran ellos solos. Así pues, Santi se quedaba al pie del árbol mientras Juan le gritaba desde lo alto.

—¡Es magnífico! ¡Este árbol es lo bastante grande como para hacer un castillo! ¿Por qué no subes, Santi?

Santi deseaba poder hacerlo más que ninguna otra cosa en el mundo. Pero cada vez que miraba hacia arriba, hacia la cabaña, sabía que era imposible. Pensaba que si lo intentaba, sus pies resbalarían, o se partirían las ramas a las que se hubiera agarrado y se caería. No podía hacerlo.



Entonces llegó el paquete.

Un sábado por la mañana, el cartero llamó a las once en punto. Juan y Santi abrieron la puerta al mismo tiempo. Cuando vieron sus nombres en el paquete, supieron quién lo enviaba.

—¡Papá! —exclamó Juan.

Empezó a arrancar el papel que lo envolvía. Santi recogió el cor-

del con el que iba atado y lo enrolló cuidadosamente alrededor de sus dedos. Cuando mamá bajó, había papel de embalar por todas partes.

Juan sostenía entre las manos un revoltijo de piezas de madera y cuerdas. Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto, mamá?

Mamá sonrió.

—Ya lo verás.

Cogió los extremos de dos de las cuerdas y subió las escaleras de espaldas, dejando caer el resto. Los ojos de Santi se abrieron de par en par al ver lo que aparecía al desenrollarse lo que había en el paquete.

—¡Es una escala de cuerda! ¡Ya puedo subir a la cabaña!

A Juan le brillaban los ojos.

—¡Ponla, mamá! ¡Por favor!

Mamá les miró.

—Tal vez lo haga cuando acabe de recoger las grosellas que quedan en el jardín.

—¡Pero hay millones de grosellas! —protestó Juan—. Tardarás horas. ¡Por favor, pon primero la escala!

—No —mamá negó con la cabeza—. Quiero hacer un poco de mermelada para llevársela mañana a la abuela. Primero, las grosellas.



Juan se puso rojo de furia.

—Podemos ayudarte a recoger las grosellas —dijo en seguida Santi—. Así terminarás antes.

—Muy bien —mamá sacó tres platos de plástico de un mueble—. Siempre y cuando me ayuden de verdad y no se dediquen a comérselas.

—¡Prometido! —exclamó Juan—. ¡Vamos, Santi!

Cogió un plato y echó a correr por el jardín. Cuando llegó Santi, Juan había recogido ya diez grosellas.

Pero el día era muy caluroso. Juan sólo había llenado la mitad de su plato y ya estaba harto de recoger grosellas. Las echó en el cacharro de mamá y echó a correr hacia el castaño.

Santi siguió trabajando. Despacio y sin descanso, continuó recogiendo grosellas ordenadamente,

planta a planta, sin comerse ni una. Estaba sediento y bastante cansado, pero llenó cuatro veces su plato.

—Has trabajado mucho —le dijo mamá, viendo lo que pesaban los platos llenos de grosellas. «¿Y qué pasa con la escala de cuerda?», pensó Santi. Pero no llegó a decir nada. Se limitó a mirar a mamá en silencio.

Mamá rió.

—Tranquilo. En seguida estoy contigo. Sólo tengo que coger las herramientas.

Santi corrió por el jardín hasta el árbol y gritó hacia lo alto.

—¡Juan! ¡Ya viene mamá! ¡Va a poner la escala!

Pero la cabaña estaba vacía.

—¿Juan?

—Aquí estoy —se oyó la voz de Juan—. Más arriba.

Santi echó la cabeza hacia

atrás. Juan estaba sentado en una rama alta, encima de la cabaña.

—¿Qué estás haciendo ahí?

—Vigilar —contestó Juan—. Puedo ver a muchos kilómetros de distancia.

—¿Cómo has llegado hasta ahí?

—Trepando, pero ha sido muy difícil. Algunas ramas se han roto —Juan empezó a descender con mucho cuidado—. Oye, Santi, de verdad que es muy fácil subir hasta la cabaña. Si consigues hacerlo sin la escala de cuerda, podemos...

Santi tuvo la horrible sensación de que sabía lo que iba a decir Juan. Pero, antes de que lo hiciese, llegó mamá con la escala de cuerda en una mano y las herramientas en la otra.

—Muy bien —dijo—. Vamos allá.



Juan brincó hasta donde estaba ella.

—Hemos cambiado de idea, mamá. No la queremos para subir a la cabaña, porque podemos trepar hasta ella. Cuélgala más arriba.

—Tú puedes hacerlo —le contestó mamá—. ¿Pero qué va a hacer Santi?

—Yo... —Santi tragó saliva. Miró a lo alto, hacia la cabaña. Luego miró a Juan—. Creo que podría conseguirlo.

Mamá dejó la bolsa de las herramientas en el suelo.

—Veamos cómo lo haces.

Santi se acercó al árbol. Con mucho cuidado, como había hecho otras veces, puso el pie izquierdo en el saliente del tronco y se agarró a las dos ramas cortas. Miró hacia arriba. Estaba muy cansado de tanto recoger

grosellas y la cabaña parecía estar más lejos que nunca.

—¡Vamos, sube! —le susurró Juan—. Si mamá pone la escala más arriba, podremos hacer una atalaya arriba del todo. Como en un castillo.

Santi miró más arriba, hacia el lugar donde había estado sentado Juan. Aquello sí que estaba realmente alto. Cuando bajó la vista hacia la cabaña, no le pareció tan difícil llegar a ella.

—¡Tendríamos un castillo en el árbol! —insistió Juan.

Despacio y cuidadosamente, Santi empezó a subir, levantando el pie derecho del suelo hasta encontrar el segundo saliente del tronco. Luego se estiró para alcanzar la siguiente rama.

Un momento después estaba sentado en la cabaña, sonriendo a ma-

má. Juan saltaba en torno al árbol dando gritos.

—¡Lo conseguiste, Santi! ¡Lo conseguiste! ¡Tendremos un castillo en el árbol!

Esa misma noche, Juan escribió a papá.

Querido papá:

¡La escala de cuerda es GENIAL!

¡Hemos hecho una atalaya!

Muchísimas gracias.

Muchos besos de

Juan y Santi

Fue corriendo hasta la habitación de Santi y le puso la carta debajo de las narices. Santi sólo fue capaz

de trazar tres vacilantes y cansados besos.



A continuación, se quedó dormido y soñó con grosellas y castillos.

¡El enemigo ataca!

Santi empezó a ir al colegio en septiembre. El primer día de clase, su profesora, la señora Ramírez, leyó una historia que hablaba de un pájaro mágico de oro. Santi lo pintó y envió el dibujo a papá.

La siguiente carta de papá decía:

Queridos Juan y Santi:

*Me alegra que les haya gustado la
escala de cuerda.*

También a mí me encantó el dibu-

jo del pájaro de Santi. Lo he colgado en la pared de mi cuarto. He estado pensando, y la cabaña del castaño sería un lugar estupendo para observar a los pájaros, así que les envió esto. Los quiere,

Papá

Dentro del paquete había unos prismáticos.

Juan dudaba mientras los contemplaba.

—¿Para mirar pájaros? ¿En un castillo?

—No tienen por qué ser pájaros —le dijo mamá—. Sube con ellos a tu atalaya y mira a ver qué ves.

Juan le hizo un gesto a Santi.

—Adelante, Don Santiago. ¿Qué le parece si nos dirigimos al castillo a hacer la guardia?

—Vale —contestó Santi.

Juan bufó.

—No digas vale. Debes decir: «Ciertamente, Don Juan».

—Cierta Mente, Don Juan —dijo Santi obediente.

No sabía qué significaba aquello, pero sonaba propio de caballeros, y siguió repitiéndola cada vez que Juan se dirigía a él.

—¡Subamos, pues, al castillo, Don Santiago!

—Cierta Mente, Don Juan.

—¿Haréis la primera guardia en la torre?

—Cierta Mente, Don Juan.

—No olvidéis los prismáticos.

—Cierta Mente, Don Juan.

Colgándose los prismáticos al cuello, Santi trepó por la escala de cuerda. Una vez instalado en la atalaya, se los colocó delante de los ojos.



—¿Qué es lo que veis, Don Santiago? —preguntó Juan.

—Cierta Mente, Don Juan —le contestó Santi.

Juan suspiró.

—¡No digas eso todo el tiempo! Mira con los prismáticos y dime lo que ves.

—Vale —Santi obedeció—. Veo muchas cosas grandes y largas de color café en la hierba.

—¿Serpientes? —preguntó esperanzado Juan.

Santi frunció el ceño.

—No, creo que son las flores caídas del árbol.

Juan suspiró de nuevo.

—Mira más lejos.

—Vale —Santi levantó los prismáticos y examinó con ellos el jardín—. Veo a mamá en el huerto. Está recogiendo papas. Y hay algo enorme

detrás de ella. Es grande y de color naranja y...

—¿Qué más? —preguntó lleno de excitación Juan—. ¿Es un extraterrestre?

—No creo —Santi giró un poco la cabeza—. No. Es la calabaza que estás cultivando en tu jardín.

—¿La calabaza? —gritó Juan—. En serio, Santi, no tienes ni idea de cómo jugar a los castillos.

—Me dijiste que te dijera lo que veía...

—No quería decir exactamente eso. Quería decir que... ¡Venga, baja y déjame a mí!

Santi bajó y le dio los prismáticos. Juan trepó por la escala de cuerda en un santiamén. Instalado en la cabaña, Santi recibía toda clase de emocionantes noticias.

—¡Hay un ejército que avanza

desde el norte! —Juan se dio la vuelta—. ¡Y... un terrible dragón se acerca volando por el este! ¡Y tres caballeros negros sobre caballos que escupen fuego...!

Santi miró desde la plataforma. Él no había visto nada semejante. Quizá hubiera usado mal los prismáticos.

—¡Y otro ejército al oeste! —aullaba Juan—. ¡Necesitamos ayuda! ¡Ve a buscar refuerzos! ¡Y trae municiones!

Lentamente, Santi bajó del árbol. Llegó hasta el huerto y se detuvo al lado de mamá, que clavaba el rastillo en la tierra.

—Mamá, ¿qué son re... re...?

—¿Refuerzos? —mamá recogió las papas y las echó en la carretilla—. No tenemos de eso. Pero aquí hay algo de munición —indicó con la mano un pequeño montón de papas que había en el suelo—. Esas están dema-

siado verdes para comérselas. Busca una bolsa y llévatelas para tirárselas a tus enemigos.

Santi frunció el ceño.

—No tenemos enemigos.

—Echa un vistazo en la cocina —respondió mamá—. Los mejores enemigos son los que hacen mucho ruido cuando les tiras papas.



Santi se sintió desconcertado, pero fue a la cocina a buscar una bolsa de plástico. Mamá las guardaba entre el mueble de las cacerolas y el carrito de las verduras. Cuando tiró de una bolsa para sacarla, una manzana cayó del carrito.

Y golpeó una cacerola con un gran CLANG.

«Los mejores enemigos son los que hacen mucho ruido cuando les tiras papas», recordó.

Santi sonrió. Se metió la bolsa de plástico en el bolsillo y tomó tres cacerolas grandes y viejas del mueble. Después, regresó al jardín.

Juan estaba todavía en la atalaya.

Miraba en dirección contraria a Santi y aullaba a todo pulmón.

—¡Bárbaros a caballo por el noroeste! ¡Un toro salvaje carga desde el este!

A sus espaldas, Santi se movía silenciosamente por el jardín, ocultando las cacerolas boca abajo entre los arbustos. A continuación, llenó la bolsa con papas verdes y se acercó hasta el pie del castaño.

—¡Cierta Mente, Don Juan! —gritó—. Tengo la munición, pero no puedo subirla hasta ahí arriba.

—¡Ya voy! —Juan se descolgó hasta el suelo y subió la bolsa a la plataforma—. ¡Estupendo! Sube a la atalaya y dime dónde están los enemigos. Yo les dispararé.

—Cierta Mente.

Santi trepó por la escala de cuerda y cogió los prismáticos de la rama donde Juan los había dejado colgados. Observó con atención el jardín



hasta que localizó una de las cacerolas escondidas.

Señaló en dirección al arbusto.

—¡Hay un enemigo con armadura ahí detrás!

—¡Muy bien! —Juan echó un vistazo hacia arriba para ver en qué dirección señalaba Santi. Lanzó la primera papa directamente contra el

arbusto. Golpeó la cacerola con un gran ¡¡CLANG!! y rebotó.

Juan se quedó boquiabierto.

—¡Santi! ¡Hay alguien ahí! —dijo con un jadeo—. ¡Alguien que lleva armadura!

—¡Y otro allí! —exclamó Santi.

La segunda papa chocó y rebotó directamente hacia donde estaban ellos.

—¡Nos atacan! —gritó Juan—. Baja de la atalaya, Santi. Quiero decir, Don Santiago. Ayúdame con estas balas de cañón.

—¡Cierta Mente! —respondió Santi.

Gateó escala abajo y lanzó una papa justo contra la cacerola más grande. ¡¡CLANG!! Sonrió.

Empezaba a comprender en qué consistía el juego aquel de los castillos.

Aquella noche Juan escribió:

Querido papá:

Fue una suerte que enviaras los prismáticos. Estamos rodeados de enemigos. ¡Hemos librado una estupenda batalla!

Muchos besos de

Juan y Santi

Llevó la carta a la habitación de Santi.

—Ya está. Pon algo abajo.

—Ya sé escribir mi nombre

—contestó Santi medio adormilado—.

La señorita Elena me está enseñando.

Y escribió al final de la carta:

Santi

Llamada a larga distancia

En octubre llegaron dos paquetes, uno para Santi y otro para Juan. En la carta papá decía:

Si hay tantos enemigos rodeándolos, creo que necesitarán almacenar comida en la cabaña.

Dentro de cada paquete había un tarro lleno de caramelos envueltos en papel dorado.

—¡Viveres! —exclamó Juan—. No debemos desperdiciarlos, Santi. Hay un agujero en el castaño. Los

guardaremos allí y comeremos uno cada día. Así nos durarán siglos.

—Cierta Mente, Don Juan —dijo Santi no muy satisfecho. Le encantaban los caramelos.

Pero no hizo trampas. Puso su tarro con el de Juan en el agujero que había en el árbol detrás de la cabaña. Cada día sacaba solamente uno de los caramelos envueltos en papel dorado y se lo comía, muy despacito.

Quien sí hizo trampas fue Juan. No paraba de encontrar excusas para comer caramelos. Una semana más tarde su tarro estaba vacío y observaba con envidia el tarro de Santi.

—Ya podías darme uno —dijo mientras estaban sentados en la cabaña—. Los caballeros siempre comparten la comida.

Santi frunció el ceño. Quería comerse sus caramelos él solo, pero

su tarro estaba todavía lleno casi hasta arriba, y le pareció que era un egoísta si decía que no.

—Vale. Pero sólo uno —dejó caer un caramelo en el tarro vacío de Juan. Este sonrió y lo agitó.

—Gracias, Don Santiago. Hace mucho ruido, ¿verdad?

Santi chupó su caramelo.

—Una vez vi un programa en la tele. Explicaba cómo hacer un teléfono con dos tarros.

—¡Me acuerdo! —dijo Juan, mientras se le iluminaban los ojos—. ¡Vamos a hacerlo!

Santi negó con la cabeza.

—He olvidado cómo se hacía.

—Pero yo, no —dijo Juan agitando de nuevo su tarro—. Hay que hacer unos agujeros en los tarros y luego unirlos con un cordel.

—Yo tengo un trozo de cordel

—Santi sacó un rollito de uno de los bolsillos de su chaquetón—. Es del paquete donde venía la escala.

Juan tomó el cordel cuidadosamente enrollado y lo desenrolló un poco.

—Es perfecto. Podríamos hacer un teléfono muy largo que llegara hasta lo alto de la atalaya. Pero...

Se quedó mirando el tarro de Santi.

Santi también lo hizo. Le apetecía tener un teléfono, pero no podrían hacerlo hasta que los dos tarros estuviesen vacíos.

—Voy a contar mis caramelos —dijo. Empezó a sacarlos y fue colocándolos en hileras de cuatro sobre el suelo de madera. El papel dorado brillaba en las sombras—. Uno, dos tres...

Había ocho filas de caramelos cuando colocó el último.



Treinta y dos caramelos.

—¡Hay millones! —se lamentó Juan—. ¡Si sólo te comes uno al día, nunca tendremos teléfono!

Santi se quedó mirando los caramelos, que brillaban sobre la madera.

—No hay por qué guardarlos en un tarro.



Juan se animó.

—Puedes pedirle a mamá una bolsa. Y también puede hacernos los agujeros. —Metió los dos tarros en los bolsillos de Santi—. ¿Por qué no vas a pedirselo?

Despacio y con cuidado, Santi bajó del árbol y fue hasta la cocina.

Cuando mamá oyó lo que quería, sonrió.

—Yo tuve un teléfono así cuando era pequeña. Busca una bolsa para tus caramelos y yo haré los agujeros.

Santi dejó los tarros en la mesa de la cocina, y fue hasta donde estaban las bolsas de plástico.

—Mamá...

—¿Mmm? —dijo sin levantar la vista. Estaba rebuscando en la caja de las herramientas.

Santi sacó una bolsa y se quedó mirándola.

—Juan se ha comido todos sus caramelos. ¿Crees que debo compartir los míos con él?

—Sólo si quieres hacerlo —contestó mamá. Puso boca abajo el primer tarro y le hizo un agujero en el fondo con el martillo y el clavo—. Son tus caramelos.

Santi se quedó pensativo.

Mamá hizo el segundo agujero y le dio los tarros.

—Toma. Tengan cuidado de no arañarse.

—Gracias.

Santi se guardó los tarros en el bolsillo. Mientras lo hacía, tomó una decisión. Cogió una segunda bolsa de plástico y volvió corriendo al árbol.

Tan pronto como llegó a la cabaña, Juan le tendió las manos.

—Venga. Trae los tarros.

Santi se los entregó. Después se volvió para recoger los caramelos. Había decidido repartirlos en dos bolsas mientras Juan construía el teléfono.

Pero los caramelos habían desaparecido.

Santi parpadeó.

—Juan...

—Espera un minuto —contestó Juan.

Estaba intentando pasar la cuerda por el agujero del segundo tarro.

Santi tragó saliva.

—Mis caramelos...

Juan le alcanzó uno de los tarros.

—¿A quién le preocupan ahora unos caramelos? Sube con esto a la atalaya para que podamos probar el teléfono.

Santi quería discutir el asunto, pero estaba acostumbrado a hacer lo que Juan decía. Se metió el tarro en el bolsillo y empezó a trepar, con el cordel que salía del tarro colgando por detrás.

En la atalaya se estaba incómodo. Las castañas estaban ya creciendo y los pinchos de la cáscara le

arañaban la cara. Santi las apartó y se puso el tarro en el oído.

Al principio, no pudo escuchar nada. Luego, Juan tensó la cuerda y habló por el tarro del otro extremo. Santi oyó ruidos y zumbidos y, a continuación, palabras. Fuertes y claras.

—*Toma los prismáticos. Mira hacia la calabaza y dime qué ves.*

¿La calabaza? Santi colgó el teléfono de una rama y tomó los prismáticos, que estaban en la rama que



tenía al lado. Recorrió con la mirada atentamente el jardín, buscando el enorme bulto naranja de la calabaza.

Allí estaba. ¡Y debajo...!

Debajo de la mata de la calabaza, sobre el plástico negro, había docenas de pequeños objetos dorados.

Santi agarró otra vez el teléfono.

—¡Mis caramelos! Están al lado de la calabaza. Están...

Al instante, se dio cuenta de que los caballeros no hablaban así. Respiró hondo y comenzó de nuevo.



—Cierta Mente, Don Juan.
Hay un tesoro al lado de la calabaza.
Se puso el teléfono en la oreja
y escuchó una risita.

—¡Id a recogerlo, Don Santiago! —dijo la voz de Juan.

Santi colgó los prismáticos de una rama y el teléfono de otra.

Descendió hasta la cabaña y recogió sus bolsas de plástico.

Dudó un instante.

—¿Quieres caramelos?

Juan le dirigió una mirada altanera.

—He hecho una promesa. No comeré más caramelos hasta que regrese mi padre.

—¿De verdad?

Santi no comprendía nada. Lo que sí entendía era que podía conservar sus caramelos, y bajó a recogerlos a toda prisa.

Esa tarde también recogieron la calabaza, porque mamá dijo que había que hacerlo antes de que llegaran las heladas. Juan no quería que la cocinara.

—Hay que guardarla para cuando vuelva papá. Voy a escribirle para contárselo.

Él y Santi escribieron juntos la carta en la mesa de la cocina.

Querido papá:

Gracias por los caramelos. Estaban muy ricos y los tarros son estupendos. Hemos recogido mi calabaza porque empieza a hacer mal tiempo, pero la guardaremos hasta que vuelvas.

VUELVE PRONTO.

Muchos besos,

Juan

Y al final, Santi puso:

Muchos besos de

Santi

¡Un regalo inútil!

El paquete que llegó en noviembre era largo y delgado. En la carta que iba dentro papá había dibujado gotas de lluvia grandes y gordas por todas partes.

Queridos Juan y Santi:

Parece que están teniendo un otoño duro. Tal vez esto les venga bien para llegar a salvo a la cabaña del árbol. Espero que les guste.

Los quiere,

Papá

P.D.: Volveré a casa tan pronto como pueda.

Santi desató el cordón. Al abrir el paquete sonrió.

—Es un paraguas. Un paraguas amarillo muy grande.

—¿Un paraguas? —Juan se puso como un tomate—. ¡Los caballeros no llevan paraguas!

Se puso de muy mal humor y tiró el paraguas al suelo.

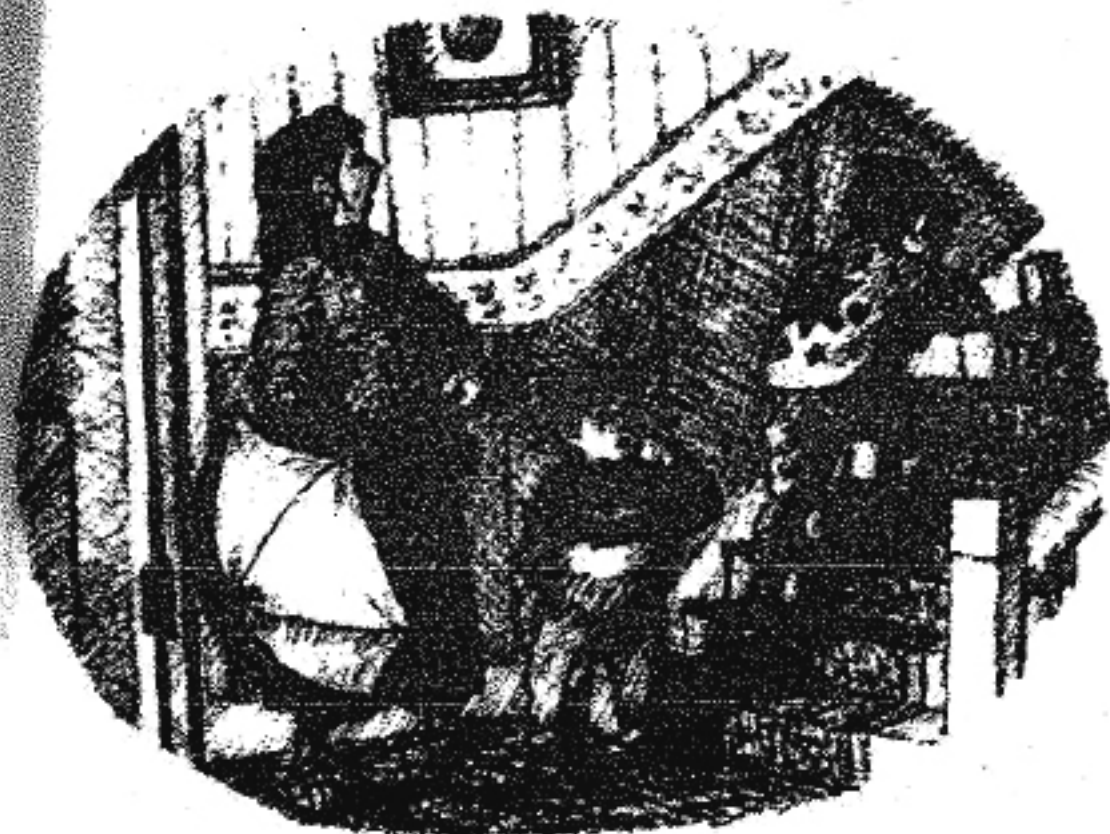
Mamá lo recogió.

—Puede que papá no sepa que la casa del árbol es un castillo. ¿Se lo has contado?

—¡No puedo contárselo todo! —replicó Juan enfadado—. Hay que escribir demasiado. Él debería estar aquí. Así se enteraría de lo que pasa.

—Cuando le escribamos hoy para darle las gracias por el paraguas podemos contarle lo del castillo —dijo Santi.

Juan dio una patada en el suelo.



—Yo no pienso darle las gracias. Es un regalo inútil. Dijo que nos mandaría cosas para la cabaña del árbol, y esto no tiene nada que ver con ella.

—Creo que debes irte a tu cuarto —dijo mamá muy tranquila—. Hasta que decidas ser sensato otra vez.

Juan abrió la boca. Santi pensó que iba a protestar, pero no lo hizo.

Cambió de opinión y subió hasta su dormitorio, dando un portazo al cerrar.

Santi iba a seguir sus pasos, pero mamá negó con la cabeza.

—Juan necesita estar solo. Sal a jugar al jardín.

Así que Santi se marchó afuera. Pensó acercarse hasta el árbol y mirar la cabaña. El tiempo era tan malo y soplaba tanto viento que hacía casi una semana que no habían salido al jardín.

Caminó hasta el castaño y se agarró a las ramas cortas, disponiéndose a trepar. En ese momento vio algo café y brillante a sus pies, entre la hierba. Se inclinó para recogerlo y ¡AY! se pinchó los dedos.

Mientras se los chupaba, se agachó para ver con qué se había hecho daño. Era la cáscara verde con

pinchos de una de las castañas que habían caído del árbol. Estaba en el suelo y se había abierto, dejando al descubierto la castaña café y brillante que había dentro.

Con mucho cuidado, Santi sacó la castaña y se quedó mirándola. Se parecía un poco a los frutos de los castaños de Indias que servían para jugar, pero era plana por un lado y menos brillante. La parte puntiaguda estaba cubierta de una pelusa sedosa de color gris.

Santi la acarició entre sus manos. Luego miró a su alrededor para ver si había más.

Sí, allí había una castaña café recién salida de su cáscara. Y otra más a su lado. Y otra...

Estaban por todas partes. Debían de haberse caído con el viento y la lluvia, porque bajo el árbol el suelo

estaba cubierto de castañas y cáscaras verdes.

Santi empezó a recogerlas. Poquito a poco y con mucha paciencia fue de un lado a otro juntándolas y reuniéndolas en un gran montón. Cuando las hubo reunido todas, se quedó mirándolas.

¿Qué iba a hacer con tantas castañas?



Si papá estuviese allí, podrían asarlas. Como él había hecho con su padre.

Pero papá no estaba allí.

Santi se quedó pensativo. Quería subir las castañas a la cabaña y esconderlas, pero no sabía cómo hacerlo. Sus bolsillos no eran lo bastante grandes, y si las metía en una bolsa no podría trepar con ella. Necesitaba una bolsa capaz de subir sola.

O cualquier otra cosa que pudiese hacerlo...

Se le estaba ocurriendo una idea. Caminando despacio, regresó a la cocina y asomó la cabeza por la puerta.

—Mamá, ¿puedo llevarme el paraguas a la cabaña?

—Si quieres —contestó mamá, aunque parecía sorprendida—. ¿Es que está lloviendo?

—No..., pero lo necesito para algo. Y también necesito una cuerda.

Mamá le dio la cuerda que envolvía el paquete. Estaba claro que estaba deseando saber para qué lo quería, pero no preguntó nada. Sólo dijo:

—Ten cuidado.

Mientras avanzaba por el jardín con el paraguas, iba madurando su plan. Había que hacerlo todo en el orden correcto. Lo primero era atar la cuerda.

Dejó el paraguas junto al montón de castañas y trepó hasta la cabaña con la cuerda en el bolsillo. Ató un extremo de la cuerda a una rama que había sobre su cabeza y dejó que el resto colgara hasta el suelo.

A continuación, volvió a bajar y abrió el paraguas. Poniéndolo boca abajo, recogió las castañas y las

fue echando dentro. Luego ató el otro extremo de la cuerda al mango del paraguas.

¡Listo! Había llegado el momento de probar su invento. Se encaramó hasta la cabaña y desató el extremo de la cuerda pasándolo por encima de la rama que tenía sobre la cabeza. Entonces empezó a tirar, despacio y con fuerza.

Y el paraguas empezó a subir con las castañas dentro.

Había el espacio justo para que pasase. En una ocasión se enganchó en una rama seca y Santi tuvo que inclinarse y arrancarla. En otro momento pareció que iba a volcarse y que las castañas se iban a caer al suelo. Pero Santi siguió tirando con cuidado y, al final, el paraguas llegó a la altura de la cabaña con todo su cargamento a bordo.

Con una sonrisa, Santi tiró de él hasta colocarlo en la plataforma. Luego se dirigió al agujero que había en el tronco detrás de la cabaña y buscó la bolsa de plástico donde guardaba sus caramelos. Sólo quedaban dos. Se comió uno y se guardó el otro en el bolsillo para el día siguiente. Entonces fue metiendo las castañas en la bolsa vacía.

Estaba terminando de meter la bolsa en el hueco cuando apareció Juan corriendo por el jardín. Parecía estar otra vez de buen humor.

—Hola, Santi —dijo. Y se le pusieron los ojos como platos—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy subiendo cosas hasta la cabaña —le respondió Santi—. Es un invento mío. Mira.

Empujó el paraguas fuera de la plataforma y lo bajó con cuidado.

—Pon algo dentro.



Los ojos de Juan brillaban de entusiasmo.

—¡Es fantástico! Has construido un montacargas. Lo usaremos para...

Y se puso a mirar alrededor con ansiedad.

—Cogeremos algunas de estas cosas con pinchos. Pueden servirnos como munición para arrojársela a nuestros enemigos.

Llenó el paraguas con las cáscaras de las castañas, pero no quiso que Santi lo subiera. Insistió en trepar al árbol para hacerlo él mismo.

—¡Ya verás cuando se lo cuente a papá! —exclamó mientras tiraba de la cuerda—. ¡Éste es el mejor regalo de todos!

Pasaron tanto tiempo lanzando y recogiendo cáscaras verdes que era casi de noche cuando volvieron a

casa. Pero aún disponían de tiempo para escribir su carta.

Juan escribió la primera parte.

Querido papá:

¡Es un regalo fantástico! Gracias. A los caballeros no les importa la lluvia, porque llevan armadura, pero necesitan subir cosas hasta el castillo cuando están rodeados por sus enemigos.

YA VERÁS CÓMO SE HACE CUANDO VUELVAS.

Muchos besos,

Juan

Santi hizo un dibujo explicando cómo funcionaba el paraguas, y añadió su propio mensaje:

jugamos asta la noche

Santi



6

En la oscuridad

Papá mandó dos paquetes en el mes de diciembre. La carta decía:

Queridos Santi y Juan:

Si se quedan jugando hasta que se hace de noche, necesitarán esto para regresar a casa.

Muchos besos,

Papá

P.D.: Creo que estaré en casa para Navidad. ¡Crucen los dedos!

Santi arrancó el papel de su paquete y se quedó boquiabierto.

—¡Una linterna!

—Y otra para mí —dijo Juan—. ¡Tiene cuatro colores! ¡Fenomenal!

Giró la parte delantera de su linterna y salió luz roja, luego amarilla, después blanca, y por último verde.

—¿Puedo llevármela al colegio, mamá?

Mamá negó con la cabeza.

—Podría romperse. Déjala en casa y podrás jugar con ella cuando vuelvas de clase.

Santi observó su linterna.

—¿Será ya de noche entonces?

Mamá sonrió.

—Casi.

Era de noche cuando volvieron. Pero también estaba lloviendo. Santi y mamá cogieron el paraguas grande y negro cuando fueron a recoger a Juan, pero a pesar de todo al llegar a casa estaban empapados.

—No pueden salir esta tarde —dijo mamá—. Tendrán que jugar con las linternas en su habitación.

—No será tan divertido —dijo Juan enfurruñado.

—No hay más que hablar. Prepararé un poco de leche caliente y cuando se la tomen podrán subir a jugar.

Cerraron la puerta del dormitorio y encendieron las linternas, pero la oscuridad no resultaba emocionante. La habitación era demasiado acogedora. Podían oír a mamá amasando en la cocina, y cuando Juan recorrió la habitación con la luz de su linterna, vieron coches y ositos de peluche.

—¡Los caballeros no ven ositos con sus linternas! —dijo Juan muy contrariado.

—¿Tenían linternas los caballeros? —preguntó Santi.

—¡Claro que no! —contestó

con brusquedad Juan—. Pero utilizaban velas y faroles y antorchas para hacer señales.

Santi fue girando la cabeza de su linterna viendo cómo a cada paso cambiaba de color. Blanco... rojo... amarillo... verde...

—Nosotros también podemos hacer señales.

—¿Qué?

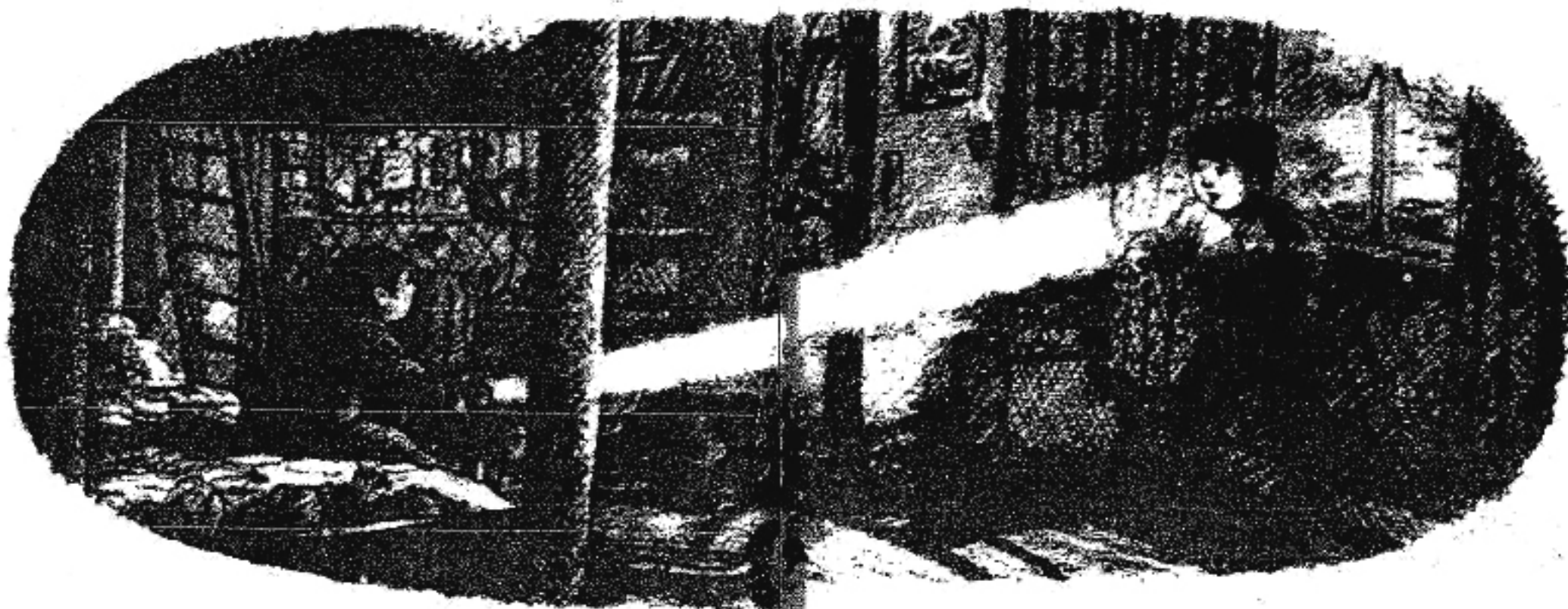
Juan no le escuchaba. Con-

templaba el castaño a través de los visillos. Ya se le habían caído todas las hojas y las ramas desnudas tenían un color oscuro.

—Podemos hacer señales —repitió Santi—. Ya sabes, rojo para una cosa, verde para otra y...

—¡Eso es! —exclamó Juan dándose la vuelta mientras sus ojos bailaban a la luz de la linterna.

—¡Vamos a hacerlo ahora! La



luz blanca puede ser... Oh; espera un momento. —Encendió la luz de la habitación y buscó un trozo de papel y un lápiz—. Haré una lista para que nos la aprendamos.

—A lo mejor no sé leer todas las palabras —dijo Santi preocupado.

—Yo te las enseñaré. Vamos. —Juan se tumbó en el suelo y empezó a escribir frenéticamente, repitiendo las palabras en voz alta.

La luz BLANCA significa ¿QUIÉN ESTÁ AHÍ?

La luz ROJA significa AMIGO

La luz AMARILLA significa ¡AUXILIO!

La luz VERDE significa TODO EN ORDEN

Santi lo repitió, esforzándose por recordarlo.

—¿Y si nos confundimos? ¿Qué pasa si primero enciendo la roja y luego la verde?

Juan se quedó pensativo.

—Eso debería significar algo diferente. Ya sé...

Se inclinó sobre el papel y empezó a escribir de nuevo.

ROJO y después VERDE significa VEN EN SEGUIDA. HA OCURRIDO ALGO BUENO.

Santi sonrió satisfecho.

—¿Así que podremos enviar muchos más mensajes si mezclamos todos los colores?

—¡Millones! —replicó Juan entusiasmado—. Pero primero vamos a practicar con éstos. Vete hacia allí.

Santi se puso en pie, de espaldas a la ventana, escuchando el golpe-

teo de la lluvia en el cristal. Juan volvió a apagar la luz y se subió a la litera de arriba.

—Yo primero —dijo, y alumbró a Santi con un rayo de luz blanca.

«BLANCO significa ¿QUIÉN ESTÁ AHÍ?», pensó Santi. Pero, ¿cómo debía contestar? ¿Verde? ¿Amarillo? Probó con la luz amarilla.

Llegó un gruñido desde la litera.

—No seas tonto. Eso significa ¡AUXILIO! Tenías que haber contestado con la roja, que quiere decir AMIGO.

Roja. Por supuesto. Santi apretó los ojos haciendo un esfuerzo para recordarlo.

—Vamos a probar otra vez.

Siguieron practicando hasta que mamá llamó a la puerta.

—¿Están ahí dentro? Es hora de que Santi se vaya a la cama.

A Juan se le puso mala cara.

—Estamos ocupados.

—Hora de acostarse —repitió mamá—. Miren qué oscuro está afuera.

Santi se asomó entre las cortinas. Estaba muy oscuro. Tanto que incluso era difícil ver el castaño. Pero...

—¡Ha dejado de llover! —exclamó.

Juan se quejó.

—¡Mamá! ¿No podemos...?

—No —respondió mamá—. Es muy tarde para que Santi salga a la calle.

Santi miró hacia la oscuridad. No estaba nada seguro de querer salir, ni siquiera con su linterna. Aunque podía imaginar lo que sería estar allí, moviendo la linterna por el jardín y

apuntándola hacia lo alto del árbol. Si solamente...

—¿Puede salir Juan? —preguntó de repente—. ¿Puede salir él solo? No es muy tarde para él.

Juan saltó de alegría, pero mamá miró a Santi.

—¿A ti no te importa?

—No si puedo mirar desde la ventana. Hay algo especial que queremos hacer, ¿sabes?

Juan comprendió en seguida. Cogió su linterna y miró implorante a su madre.

—¡Déjame!

—Bueno... —dudó ella—. De acuerdo, pero sólo un momento, mientras termino de recoger la cocina.

Juan sonrió y corrió escaleras abajo seguido de mamá. Santi apoyó la nariz en la ventana, esperando una señal.

La linterna de Juan parpadeó a lo largo del jardín y más tarde desde lo alto del árbol. Luego iluminó directamente la ventana con una luz blanca.

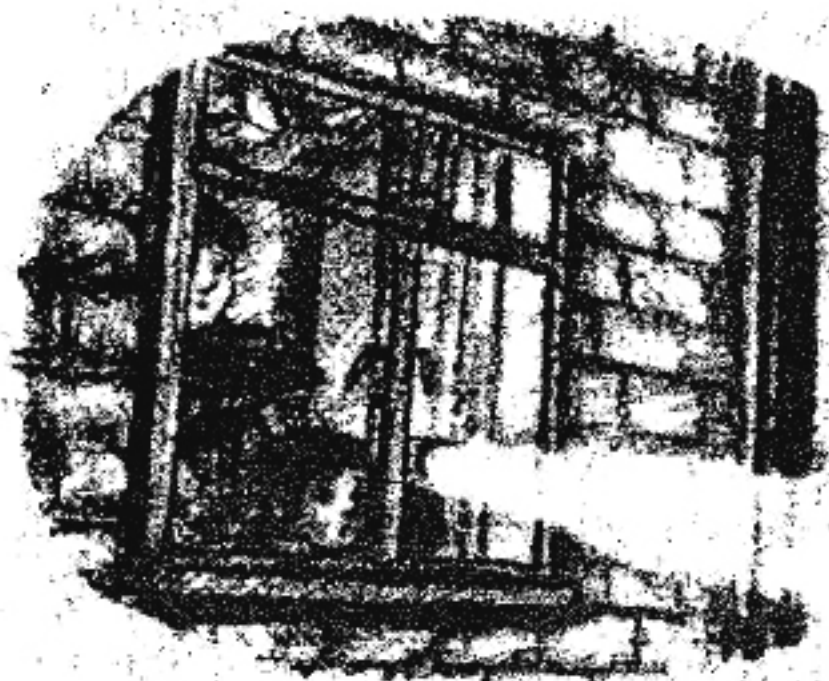
«BLANCO significa ¿QUIÉN ESTÁ AHÍ?», pensó. Esta vez, Santi sabía qué contestar. Encendió la luz roja para contestar AMIGO.

Ahora, la luz de Juan cambió a verde. TODO EN ORDEN. Santi giró la parte de delante de su linterna para dar también la luz verde, y la dirigió hacia donde estaba Juan. Se quedó esperando la siguiente señal.

Todavía estaba esperando cuando mamá entró en la habitación con un plato de pasteles recién hechos.

—¿Te apetece uno antes de lavarte los dientes? En realidad son para Navidad, pero deberíamos probarlos antes.

—¡Qué ricos! —contestó Santi. Cogió uno y se asomó a la ventana—. ¿Y Juan?



—Ahora voy a llamarle —respondió mamá.

—Oh, vaya —exclamó Santi contrariado.

Ahora que empezaban a hacer señales sin equivocarse, tenían que parar. Y no volvería a ser de noche hasta el día siguiente. Muy triste, dio

un mordisco a su pastel mientras mamá se dirigía a la puerta.

Entonces tuvo una idea maravillosa.

—¡No hace falta que salgas, mamá! ¡Yo puedo llamarle!

Cogió su linterna, encendió la luz roja y la dirigió hacia la ventana. Luego cambió de color y alumbró de nuevo hacia el jardín. Primero rojo, luego verde.

VEN EN SEGUIDA. HA OCURRIDO ALGO BUENO.

Funcionó a las mil maravillas. Juan subía corriendo por las escaleras antes de que Santi se terminase su primer pastel.

Juan escribió mientras Santi estaba en el baño:

Querido papá:

¡Las linternas son fantásticas! La

luz BLANCA significa ¿QUIÉN
ESTÁ AHÍ? La ROJA significa AMI-
GO. La AMARILLA significa ¡AUXI-
LIO! La VERDE quiere decir TODO
EN ORDEN. Y la ROJA y después la
VERDE significa VEN EN SEGUIDA.
HA OCURRIDO ALGO BUENO.

Te quiere,

Juan

Cuando Santi salió del cuarto
de baño, cogió sus pinturas y pintó
dos cuadrados rojos y dos verdes al fi-
nal de la carta. Entremedias escribió:

rojo

verde

esta es la señal de Navidad
es un message. besos Santi

rojo

verde

Navidad

La víspera de Navidad, Santi
despertó y se quedó mirando al techo.
Durante un rato no supo por qué se
sentía tan triste. Después lo recordó.

Papá no estaba con ellos.

Esa noche colgarían los cal-
cetines. Al día siguiente irían a la
iglesia, y luego comerían en casa de
su abuela y recogerían los regalos.
Pero papá no estaría allí.

Era terrible, pero Santi no se
quejó. Se sentía muy desgraciado.

Por el contrario, Juan empezó
a lamentarse desde el momento en

que se levantó. Bajó de mal humor a desayunar con los calcetines desparejados y el jersey puesto del revés. Mientras estaban envolviendo los regalos, se puso de muy mal humor y estropeó la cinta adhesiva. Y no quiso hacer ninguna tarjeta para indicar en qué sitios debían sentarse en la comida de Navidad.

—¿Para qué? ¿Qué más da donde nos sentemos?



—Siempre hemos puesto tarjetas —le dijo Santi.

—¡Siempre ha estado papá! —dijo irritado Juan—. Pero este año no va a estar.

Cuando llegó la hora de la comida, hasta mamá estaba triste. Pero hizo como si no pasara nada. Sirvió el filete con papas fritas y se sentó apoyando los codos en la mesa.

—No estamos muy contentos, ¿verdad? —dijo ella—. No podemos estar tristes en Navidad. ¿Por qué no hacemos algo especial esta tarde, a ver si nos animamos?

—¿Como qué? —preguntó Juan.

—Como... Podemos hacer una hoguera —respondió mamá—. Podemos asar papas en las brasas y comer panecillos y pasteles. Y podemos hacer

una linterna con la calabaza de Juan poniendo una vela dentro.

—La tiene guardada para cuando vuelva papá —dijo Santi.

—No, no es verdad —dijo Juan en voz muy alta. Tenía la cara muy colorada—. Estoy harto de esperarle. Hagamos la linterna.

Y eso hicieron. Vaciaron el corazón de la calabaza y mamá hizo una tarta con él. Mientras tanto, Juan y Santi, con un cuchillo, hicieron unos agujeros hasta que quedó una cara grande y horrible en la calabaza.

Luego salieron al jardín para encender la hoguera. Había montones de cosas para quemar: palos, papas secas, plantas que habían arrancado, las cascaras verdes de las castañas y hojas y ramas secas de árbol.

Cuando terminaron de echarlo todo, el montón era más alto que

Santi y empezaba a anochecer. Mamá volvió a casa en busca de la comida y los fósforos. Santi y Juan treparon por el árbol hasta su castillo.

Los preparativos eran emocionantes, pero no tanto como debían haberlo sido. Se quedaron mirándolo todo desde arriba, sin saber muy bien qué decir.

Entonces escucharon un ruido extraño procedente de la casa. Casi como un grito. Santi miró asustado a Juan.

—¿Ha sido mamá?

—No lo sé —Juan también se había puesto nervioso—. Subid a la atalaya, Don Santiago. A ver si podéis distinguir algo desde allí.

—Cierta Mente, Don Juan.

Santi gateó por la escala de cuerda, se instaló y tomó los prismáticos. Recorrió atentamente las venta-

nas de la casa, pero las cortinas estaban echadas.

—No veo nada.

—Vuelve a mirar —le dijo Juan.

Santi escudriñó la casa de nuevo, pero no había nada que ver. Estaba a punto de dejar los prismáticos cuando vio una luz que venía de la ventana de la cocina. Dos luces.

Primero una roja, luego una verde.

—¡Juan! Mamá nos está haciendo señales. Dice: VENID EN SEGUIDA. HA OCURRIDO ALGO BUENO.

—Seguro que ha hecho más pasteles —contestó Juan—. Iré para ayudarla a traerlos. Tú quédate aquí y vigila.

Santi siguió mirando por los prismáticos. Estaba demasiado oscuro para ver a Juan mientras andaba por el jardín, pero oía sus pisadas, primero

sobre la hierba y más tarde en el camino.

Poco después escuchó ruido de pasos que regresaban. Esta vez eran más. Debía de venir también mamá, con la comida. Santi cogió la linterna que colgaba cerca de los prismáticos y lanzó un destello de luz blanca.

—¿QUIÉN ESTÁ AHÍ?

Le respondió una luz roja, desde la parte de abajo del árbol.

—AMIGO.

Después, Santi oyó a alguien trepar por la escala de cuerda. Unos dedos golpearon el tarro del teléfono de abajo.

Santi cogió el teléfono de arriba y se lo acercó a la oreja.

—¿Estáis ahí, Don Santiago?

—preguntó la voz de Juan.

Sonaba un poco rara, pero a Santi las palabras le llegaron claras.

—Bajad inmediatamente. Mamá..., mamá va a encender la hoguera.

Con mucho cuidado, Santi dejó en su sitio el teléfono, la linterna y los prismáticos. Luego bajó por la escala de cuerda.

Juan estaba sentado con las piernas cruzadas en medio de la plataforma. Santi no podía verle la cara porque estaba muy oscuro.

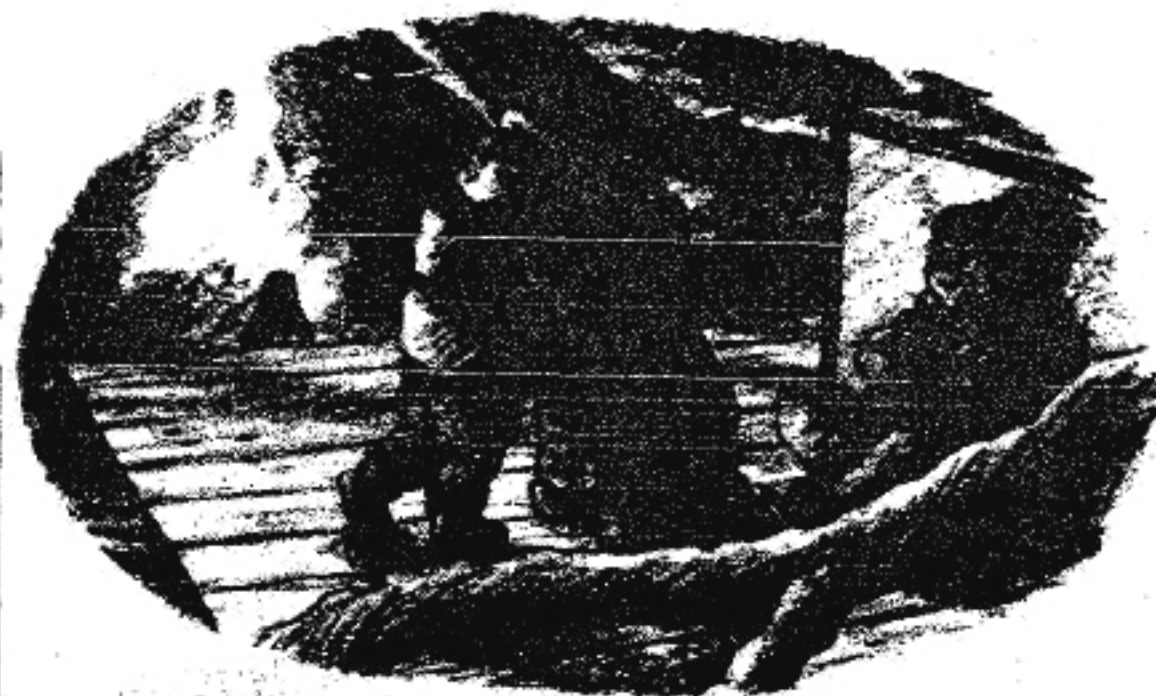
—¿Qué está haciendo mamá ahí? —preguntó Santi—. Creía que iba a encender la hoguera.

—Eso voy a hacer —respondió la voz de mamá, desde el suelo, debajo de ellos.

Se oyó el chasquido de un fósforo. Luego, una repentina e intensa luz que venía de la enorme hoguera inundó la cabaña. Y Santi vio quién estaba sentado allí.

—¡Papá!

Se abalanzó sobre él. Papá le agarró y le abrazó con fuerza.



—¡Lo conseguí, Santi! —le dijo—. Me dijeron que no había un solo asiento en el avión, pero conseguí que me diesen uno. ¡Si no me dejan volver con mis hijos, le dije, me sentaré en la pista y el avión no podrá despegar!

—¡Estás aquí! —gritó Santi—.

¡Has llegado a tiempo para celebrar la Navidad!

Mientras las papas se asaban en la hoguera, encendieron la vela de la calabaza de Juan y la colocaron en la cabaña. La calabaza les sonreía y contemplaba con una sonrisa pícaro mientras lo preparaban todo.

Mamá les envió algunas mantas para que estuviesen calientes, y luego puso la comida en el paraguas. Papas asadas recién salidas del fuego. Panecillos con mermelada casera de grosellas. Tarta de calabaza y pasteles. Santi y Juan tiraron de él hasta arriba y lo pusieron todo sobre la plataforma.

—¡Es un banquete! —dijo papá—. ¡Un banquete de medianoche!

—Yo he cultivado la calabaza para hacer la tarta —dijo Juan.

—Escondió mis caramelos de-

bajo de la mata de calabaza —dijo Santi—. Cuando estábamos probando los teléfonos...

—... Y yo le dije que subiera a la atalaya y mirase con los prismáticos...

—... Como cuando descubrí a los enemigos y les lanzamos papas verdes...

—... Y cuando vi la señal para ir a comer los pasteles...

—... Mamá colocó la escala de cuerda para...

—... Después de que Santi recogiese las grosellas para la mermelada...

—¡Basta! ¡Basta! —papá se tapó los oídos con las manos y puso un gesto terrible—. Me llevará semanas explorar este castillo. Debe de ser el castaño más complicado del mundo. Teléfonos, atalayas, montacargas... ¿Han asado también las castañas?

Mamá hizo un gesto.

—No pudimos. Las ardillas han debido de llevárselas todas. No he visto más que cáscaras.

—Es verdad —dijo Juan.

Santi no dijo nada. Se levantó y hurgó con disimulo en el agujero que había en el tronco detrás de la cabaña. La bolsa de plástico aún estaba allí. La sacó.

—Feliz Navidad, papá —dijo—. Guardé éstas para cuando vinieras —y las dejó caer en el regazo de papá como una lluvia de reluciente color castaño.

Por un momento, papá no dijo ni una palabra. Se quedó mirando las castañas.

Después miró a Santi y a Juan con los ojos bailándole de alegría y lanzó un tremendo bufido de Ogro Feroz.

—¡Estupendo! ¡Van a venir conmigo a asar castañas en la hoguera! Igual que hacía yo con mi padre. Y si no les gustan, ¡ME LOS COMERÉ CON TOMATE!





ÍNDICE



1. El castaño	9
2. El primer paquete	25
3. ¡El enemigo ataca!.....	39
4. Llamada a larga distancia	53
5. ¡Un regalo inútil!.....	67
6. En la oscuridad.....	81
7. Navidad.....	95